

ESPIRITUALIDAD DEL CATEQUISTA

**Catedral de Santa María Magdalena, de
Getafe
1 de octubre de 2008**

Me han pedido que os dé una charla sobre la espiritualidad del catequista. Creo que tenemos un punto de partida importante en el número 231 del *Directorio General para la Catequesis*. Leeremos este número y luego haré yo mi exposición de una forma libre, sin intentar hacer una explicación de este número, sino desarrollando lo fundamental de forma personal.

Bien, pues lo que tenga que ser esta espiritualidad del catequista dependerá de tres cosas: de lo que somos, de lo que tenemos que hacer y de cómo hemos de hacerlo.

¿Qué somos? ¿Qué sois vosotros? En primer lugar, sois cristianos. Eso es lo primero que define nuestra identidad.

En segundo lugar, tenemos una tarea entre manos, la catequesis. Eso es lo que tenemos que hacer. Y, por tanto, en qué consista la catequesis definirá también la espiritualidad del catequista.

En tercer lugar, tenemos que preguntarnos sobre el cómo de la catequesis. También eso incide directamente en la espiritualidad del catequista, porque como veremos, el cómo no es, en este caso, algo instrumental, sino que en el cómo está implicada toda nuestra persona y nuestra existencia.

Veamos, pues, qué es ser cristiano y qué es la catequesis y cuál es el cómo propio del ejercicio de la catequesis. Es evidente que las tres cosas tienen que estar relacionadas. Pero espero que nos demos cuenta, después de estas palabras, de que entre el ser propio de la vida cristiana y la tarea que se nos encomienda de catequizar y el cómo hay una relación mucho más estrecha y hermosa que lo que, a primera vista, podemos imaginar.

I. ¿Qué es ser cristiano?

- No es una moral
- No es un sistema de creencias
- No es un sistema de verdades
- No es un sentimiento
- No es un conjunto de prácticas rituales o de oraciones

-Nada de eso.

Ser cristiano es vivir en relación personal con Cristo. Una relación cuyo vínculo consiste en el amor. Y ese vínculo de amor que relaciona a Cristo con un hombre es un vínculo doble: es, en primer lugar, el vínculo del amor que ha llevado a Cristo a unirse al hombre, a cada hombre, tomando nuestra condición, compartiendo nuestra vida; es el vínculo del amor con el que Cristo se ha ofrecido y se ha entregado a todo hombre y a cada hombre desde la cruz. Este amor, con el que Cristo se ha unido a cada uno de nosotros y se ha entregado a cada uno de nosotros es total y definitivo. Él no se ha reservado nada. La imagen de la cruz es bien expresiva de las palabras con las que San Juan introduce la pasión: **“habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo”**. El amor extremo de Cristo por cada hombre se expresa y se realiza en la cruz.

De este amor de Cristo hacia el hombre, hemos de decir aún dos cosas muy importantes. Santa María Magdalena, había entendido lo que ya hemos dicho: que había sido un amor extremo y que había llegado hasta el fin, sin reservarse nada. Por eso, después del descanso prescrito por el sábado, ella era la primera en llegar hasta el sepulcro de su Maestro. Sin embargo, aunque pudiese albergar en

su corazón alguna pequeña esperanza, entendía seguramente que aquel amor extremo había muerto. Que se había acabado. Que había quedado en el pasado. Y el amor pasado, el amor que ha quedado atrás, el amor muerto, deja en el alma dolor y vacío. Este vacío y este dolor es el que se expresa en las lágrimas de la Magdalena en a la entrada del sepulcro vacío.

Pero María Magdalena no permaneció en aquel llanto mucho tiempo. Porque escuchó la voz de quien creía muerto. Escuchó la voz de su maestro pronunciando de nuevo su nombre: "María". El amor extremo y definitivo de Cristo es también un amor que vive y que ya no puede morir. El ser inmortal es una cualidad decisiva de este amor. Mueren los hijos, mueren los esposos y las esposas, pasan los amigos... pero Cristo vive y su amor permanece, su amor extremo, total y definitivo. Es el amor de quien vive para siempre.

Nos queda un matiz más que añadir a las cualidades de este amor, aunque podríamos decir seguramente muchas más. Quisiera evocar ahora otra escena: cuando Cristo resucitado se aparece el domingo de la resurrección, por la tarde, a los apóstoles que están reunidos en el cenáculo. San Juan dice que Cristo se apareció, les saludó con el saludo habitual: "la paz con vosotros", y, a continuación, les

mostró las manos y los pies. Se refiere a que les enseñó las heridas de la pasión. Luego añade el evangelista: los discípulos se llenaron de alegría, al ver al Señor. Como sabéis, faltaba uno de los apóstoles, Tomás, que no daba crédito a lo que le contaban sus compañeros. Y al domingo siguiente, el Señor se vuelve a aparecer a los apóstoles, estando Tomás también con ellos, toma la mano de Tomás y la lleva a los agujeros de los clavos y de la lanzada para que no dude de que es él, de que ha resucitado su maestro, el que tuvo las manos y los pies clavados en la cruz, el que fue herido en el costado por la lanza del soldado.

Además de la lección de fe, que siempre solemos sacar de las palabras del Señor a Tomás, además de la realidad de la resurrección de la carne que conllevan estas apariciones de Cristo resucitado. Además, a mí esta escena de Cristo mostrando a los apóstoles, las heridas de los pies y de las manos, llevando luego el dedo de Tomás hasta sus heridas, una vez que ha resucitado y que está vivo, que no tiene ya relación alguna con el pecado y la muerte, me sugieren que el acto de amor de la cruz no es un acto pasado, que ha quedado en la historia pasada de la persona de Cristo. Ciertamente que la cruz es un hecho único, irrepetible, pero la resurrección lo ha hecho eterno y presente. Por eso podemos decir que Cristo

en la cruz abraza a los hombres de todos los tiempos. De hecho la Eucaristía actualiza sacramentalmente este acto de amor extremo y definitivo que es la entrega de Cristo en la cruz. El amor de Cristo en la cruz, la realidad misma de la cruz como expresión y realización concreta del amor de Cristo, permanece, es presente, es actual.

Cuando hablamos del amor de Cristo en la cruz hablamos de un hecho histórico, pero no de un hecho que haya quedado sepultado por los siglos. La resurrección no ha eliminado la cruz, la ha extendido a lo largo del tiempo, para alcanzar a todos los hombres, igual que alcanzó a los que más cerca estuvieron de ella: a Santa María, a San Juan y a Santa María Magdalena.

Decía al principio que la vida cristiana, el ser cristiano, consistía en una relación de amor con Cristo. Y que este vínculo del amor que une a Cristo y a cada cristiano, era un vínculo doble: el amor con que Cristo nos ama y el amor con que nosotros respondemos a Cristo. He querido describir el amor de Cristo con estas cuatro notas: Un amor extremo y definitivo, el amor de quien vive y un amor presente, actual.

Ahora bien, el amor de Cristo está exigiendo una respuesta por parte de cada hombre, una

respuesta personal. Es claro que la respuesta adecuada al amor sólo puede consistir en un acto de amor. Y, si el amor del primero que ama es extremo, total y definitivo, si es presente, actual y para siempre, la respuesta de amor que se le dé ha de ser también un amor que ponga en juego toda la persona y toda la vida del hombre. No cabe un amor parcial, de sólo unos aspectos de la vida o de solo unos pocos momentos. Para el cristiano, casado o célibe, sólo hay una respuesta posible al amor de Cristo, aquella que ya estaba dictada en el primero de los mandamientos de la ley de Dios: **“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas”**.

En esta relación de amor consiste la vida cristiana. Esta es su esencia. Pero ahora quiero volver a María Magdalena para que entendamos otros dos elementos importantes de este amor de los que somos discípulos respecto de nuestro maestro. Primero quiero evocaros la imagen de María Magdalena a los pies de la cruz. Pues bien allí, donde María pudo comprobar la profundidad del amor de Cristo, ella no estaba sola. Los evangelistas muestran la compañía de María, la Madre de Jesús, de Juan, el discípulo amado y de algunas otras mujeres. En el arte cristiano, la imagen de San Juan y de Santa

María a los pies de la cruz siempre ha sido la expresión del nacimiento de la Iglesia del costado abierto de Cristo. El amor de Cristo es personal, para cada hombre. Cristo en la cruz ama a cada hombre en exclusividad. Ahora, ¿cómo llega a cada hombre la noticia de este amor? Os recuerdo las palabras de San Juan: **“el que lo vio da testimonio”**. La noticia de este amor nos llega por el anuncio de la Iglesia. Pero no sólo el anuncio, sino la realidad misma porque Cristo no ha hecho de la Iglesia sólo un instrumento para pregonar su amor realizado de una vez para siempre en la cruz. No, ha hecho algo mucho más grande. Ha hecho de la Iglesia su propio cuerpo, para expresar su amor de forma humana, visible y tangible para todos los tiempos, hasta el fin del mundo. La permanencia de los signos de la pasión, es decir de los signos del amor en la carne resucitada de Cristo, tiene su equivalencia en la vida de caridad de cada cristiano y de la Iglesia en su unidad, que con su propio perdón, con su propio amor, con su propia entrega hace presente al mundo el amor de Cristo. Más aún, es en la vida de la Iglesia donde se hace sacramentalmente presente el acontecimiento de la cruz de Cristo. Eso es la Eucaristía.

Así en la cruz de Cristo se derrama un torrente de gracia, un torrente de amor, el amor de

Dios. Y de ella surge también, como respuesta al amor de Dios, una corriente de amor humano que recorre la historia, que alcanza a todos los hombres que dan fe a su anuncio, y que los va incorporando a esta respuesta de amor, que es el amor de la Iglesia por su Señor. La fe y el amor cristiano van de la mano y ambos nacen de la cruz, como la respuesta de un solo pueblo hacia su único Señor. La fe y el amor son dos virtudes personales, pero no ocurren sino en esta corriente que nace a los pies de la cruz, del corazón de la Madre de Jesús y del discípulo amado, y que recorre la historia hacia su consumación. Amar a Cristo significa, pues, amarlo en la Iglesia, significa sumarse y unirse al amor de María por su Hijo, al amor de San Juan por su Señor, al amor de la Magdalena por su Salvador.

Vamos ahora a otra escena de María Magdalena, que habréis visto representada también muchas veces en el arte cristiano. Estamos, de nuevo, en la aparición de Jesús resucitado a María Magdalena. San Juan cuenta que cuando María reconoce a Jesús, quiere abrazarle los pies. Sin embargo Jesús no se deja. El arte cristiano ha representado este momento de forma que se suele ver a María Magdalena arrodillada en el suelo con los brazos extendidos y los dedos abiertos buscando los pies de Jesús, pero sin poder asirlos. Bien, se trata

de una expresión magnífica de lo que es la fe, un movimiento espiritual que tiende a Cristo, pero que, al menos en esta vida no puede poseerlo. La fe y el amor cristiano, en esta vida, se caracterizan por un cierto tipo de imperfección en este poseer el amor de Cristo. En esta vida, la fe y el amor cristiano, están en camino, como Abraham, mientras peregrinaba fiado de las promesas de Dios.

Sin embargo, tanto la imagen de María Magdalena a los pies de Cristo crucificado, como ésta otra de María Magdalena extendiendo sus brazos y los dedos de sus manos hacia Cristo resucitado, son dos imágenes que se complementan. La primera expresa el amor que ha sido entregado del todo por Cristo y que ya poseemos. El segundo es el amor al que aún tiende la Iglesia, el amor que espera. Lo que expresan estas dos escenas se podría resumir en una frase de San Pablo: “Mientras vivo en esta vida, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Ga 2, 20).

Se entiende así que la vida de la Iglesia es una tensión que va de lo ya dado en la historia, en la cruz de Cristo que vive, y de lo que espera alcanzar en el cielo: a Cristo viviente. Este vínculo con Cristo es lo esencial de la vida de la Iglesia, de la vida cristiana, lo que hace a un hombre cristiano.

II. ¿Qué es la catequesis?

Hasta aquí hemos dicho lo que es la vida cristiana. Hemos de decir lo que es la catequesis. El fin de la catequesis es llevar al hombre a la comunión con Cristo. En esto se resume lo que dice la *Catechesi Tradendae*, lo que dice el *Catecismo de la Iglesia Católica* y el *Directorio General de Catequesis*. Si ser cristianos es vivir en relación de fe y de amor con Cristo, es decir, vivir en comunión con Cristo, la catequesis, que es la tarea de la Iglesia de hacer a los hombres cristianos, significará llevarlos a la vida de fe y de amor con Cristo, a la comunión con él.

La relación que hay entre lo que somos, cristianos, y la tarea de la catequesis, hacer cristianos, es más profunda de lo que parece. No se trata sólo de que necesitemos creer para enseñar a otros a creer, que necesitemos vivir cristianamente para enseñar a vivir a los otros conforme a la ley de Dios, que necesitemos orar para enseñar a orar, o vivir la liturgia para enseñar a los otros a vivirla. No se trata sólo de que nosotros necesitemos aprender algunas cosas para luego enseñarlas, como el que adquiere un conocimiento que luego puede compartir con otros. Se trata de algo más.

Volvamos a la imagen de Santa María Magdalena, San Juan y Nuestra Señora a los pies de la cruz. Hemos dicho que aquel amor entregado hasta el fin por Cristo en la cruz es el origen de la fe y del amor de la Iglesia. Santa María y San Juan representan justamente a la Iglesia que acoge el amor entregado por Cristo. Allí en el corazón de San Juan y especialmente en el corazón de Santa María, nace una corriente de fe y de amor, que no se agotará en ellos, ni en los apóstoles, sino que al contacto con ellos irá creciendo y uniendo otras voluntades. Ahora, esta corriente de fe y amor no existe separada de las personas que creen y aman, no existe separada de las personas, separada de la Iglesia. Por eso un hombre sólo puede unirse a esta corriente de fe y de amor que nace de la cruz en contacto con otros cristianos, compartiendo la vida de otros cristianos, de la Iglesia. Nosotros, como cristianos, nos hemos unido a la corriente de fe que nace de la cruz. Y sólo podremos transmitir la fe a los que se unan a nosotros, a nuestra fe, a nuestro amor, a nuestra oración, a nuestra liturgia, a nuestra vida. La catequesis consiste fundamentalmente en posibilitar que otros se unan a esta corriente de fe. Sólo si nosotros participamos de esta corriente de fe será posible que esta corriente llegue a los que hemos de dar la catequesis, y que éstos se unan a nosotros. No

se trata sólo de poner a los hombres frente a las verdades de la fe y de transmitir con fidelidad los contenidos fundamentales, de tal forma que sepan lo que hay que creer, cómo hay que vivir, cómo hay que orar y cómo hay que celebrar los sacramentos. Se trata de que nosotros mismos, por el hecho de ser cristianos, porque vivimos unidos a Cristo por la fe y el amor, porque creemos, porque vivimos como hijos de Dios, aún con todos los defectos del mundo, porque rezamos y porque vivimos la liturgia, tenemos una doble capacidad: primero, que Cristo no sea pasado, sino presente para cada hombre. Cristo es presente a través de la Iglesia. Ella es su cuerpo. Segundo, tenemos la capacidad de hacer posible que los hombres se unan a esta corriente de fe de la Iglesia. Cada uno de nosotros se constituye, por ser cristiano, en la humanidad a través de la cual pueden entrar en contacto con Cristo. Nosotros ofrecemos a los hombres a Cristo, no como una realidad pasada, sino presente, realmente presente en nosotros. Y nos ofrecemos a nosotros mismos, nuestra fe, nuestra oración, nuestra vida, para que se unan a ella y así también ellos amen, crean y esperen, en este movimiento único de fe que nace de la cruz y tiende a la consumación de la historia, tal como expresaba la imagen de María Magdalena extendiendo sus manos hacia Cristo resucitado.

Es cierto por tanto, que la tarea de la catequesis, para llevar a la fe verdadera, a la fe explícita y operante, para llevar a la comunión de Cristo, es enseñar la verdad de lo que creemos y enseñar la vida nueva que nace del Evangelio y enseñar a vivir la liturgia y enseñar a orar. Esas son las famosas cuatro tareas de la catequesis que pivotan en las cuatro piezas fundamentales del Credo, del Padrenuestro, de los Sacramentos y de los Mandamientos. Y es cierto que para poder hacer eso hace falta saber bien en qué consisten estas tareas y cuáles son sus contenidos. Y además cuál es la pedagogía para enseñarlas. Todo esto forma parte de la capacitación que ha de adquirir un catequista para llevar a cabo su tarea.

Pero, por lo que hemos dicho, lo fundamental para la catequesis no es una técnica, lo fundamental está no en nuestra facilidad de palabra, no en que seamos poco convincentes o muy convincentes, no en nuestra creatividad. Lo fundamental está en nuestra propia persona y en su existencia, en lo que somos y en lo que hacemos con nuestro propio ser.

¿Qué quiero decir con esto? Que la primera y fundamental tarea de un catequista ha de ser la de responder personalmente y de la mejor manera posible a Cristo, a su amor. Ser realmente cristiano, es la única forma de poder afrontar la catequesis.

III. El cómo de la catequesis

Llegamos aquí a la tercera parte de nuestra charla. Hemos dicho que lo fundamental para transmitir la fe no está en tácticas o técnicas, sino en nuestra persona misma y en nuestra existencia. Para entender esto hemos de volver a la cruz de Cristo. Los apóstoles tenían la idea de que Cristo traía algo: el Reino de Dios, que ellos identificaban con un nuevo orden, con la liberación del yugo romano, con la implantación de un reino a semejanza del de David... Sin embargo, ¿qué queda tras la cruz? – Nada. No queda nada. Por eso cada uno se va a su casa. Y ¿qué queda tras la resurrección? Una única cosa: la persona de Jesús y su existencia, lo que la persona de Jesús es y su vida entera entregada, esto es su existencia. Si uno mira la cruz y la contempla ya desde la resurrección y luego se encuentra con la pregunta: ¿Qué ha dejado Cristo? ¿Cuál ha sido su obra? Solo encontrará una respuesta: la única obra de Cristo ha sido la entrega de sí mismo. De esa entrega nace la fe, nace la Iglesia.

Ahora, ¿cuál será la obra que la Iglesia ha de dejar tras de sí, después de cada generación de cristianos? Ninguna obra que no sea dar

gratuitamente lo que gratuitamente ha recibido: al mismo Cristo. Pero la forma en que Cristo se ha dado a sí mismo impone un dinamismo al modo como la Iglesia ha de ofrecer y entregar este tesoro que llevamos en vasijas de barro. ¿Qué dinamismo es ese? –El mismo que el de Cristo: entregarse a sí mismo: **Si la semilla no cae en tierra y muere no da fruto, pero si muere da fruto**. Esas palabras valen tanto para Cristo, como para su cuerpo, la Iglesia, vale tanto para el que pende de la cruz, como para aquellos que por la fe, generación tras generación, nos vamos uniendo a la corriente de fe y de amor que brota de ella.

¿Qué quiero decir con esto? Que entregarse, darse, vaciarse... es la única forma de transmitir la fe.

Pero quiero, para ilustrar esto, traer el ejemplo de San Pablo, que nos ayudará a recordar cosas que todos sabemos, pero que es necesario recordar, para no perder el norte: que la catequesis consiste en la transmisión de una vida, la vida de los hijos de Dios. Dios mismo nos ha dado esta vida y lo ha hecho entregándonos a su propio Hijo, vaciándose en la cruz. Y no hay otra forma de transmitir esta vida que participar en la donación que el Hijo de Dios hace en la cruz. La catequesis no es una técnica pedagógica, sino la donación de la propia vida con Cristo, que a

notros previamente, gratuitamente y sin merecimiento alguno, Dios nos ha dado.

Esto es lo que se deja ver en San Pablo. Tan sólo quiero traer aquí unas palabras que dirige a un discípulo suyo, a Timoteo, al que ha engendrado para la fe en medio de persecuciones y dificultades y al que ama entrañablemente. Éste es el único modo de engendrar a la fe, ya sea uno catequista, ya sea uno sacerdote.

En los Hechos de los Apóstoles se cuenta que Pablo y Bernabé, llegan en su primer viaje misionero hasta Antioquía de Pisidia. De allí los expulsan. Llegan entonces a Iconio, allí quieren apedrearlos y huyen. Van entonces hasta Listra y Derbe. En Listra les ocurre algo muy didáctico para nosotros. Primero, tras un milagro, les toman por dioses y aparentemente tienen éxito en su labor evangelizadora. Ese “éxito” que tanto nos gusta a nosotros, que tanto añoramos cuando no lo tenemos, y que tanta falsa seguridad nos procura cuando lo tenemos. Pero el “éxito” no es un nombre del Evangelio –dice el Papa–, y el aparente éxito termina con la lapidación de Pablo:

Hch 14,19-20.

Pues bien, de Listra era natural Timoteo.

En su segundo viaje, Pablo volvió a pasar por Listra y eligió a Timoteo para que lo acompañase.

Desde entonces será estrecho colaborador suyo. (Hch 16,1-3).

Pues bien, mirad cómo habla a éste que engendró para la fe en medio de sufrimientos y dificultades. Fijaos en el amor entrañable que expresan las palabras que el Apóstol dirige a su discípulo y colaborador:

2Tim 1,1-14

Bien he traído estas palabras para que nos percatemos de que la cuestión de la transmisión de la fe y, por tanto, de la catequesis, es una cuestión de entrega de la propia vida, y con ella de entrega de la verdad de Cristo.

La espiritualidad del catequista consiste pues, en aquella que nace sencillamente del Bautismo, es decir, la que consiste en agregarse y unirse a este vínculo de fe y de amor que une a la Iglesia con su Señor y que tensa toda la existencia entre lo ya dado en la cruz y la comunión perfecta que esperamos alcanzar. El segundo momento consiste en ofrecer esta existencia nuestra de fe a los que quieran venir y compartir nuestra vida. El tercer momento es saber que la oferta de nuestra vida de fe, significa, sencillamente, el sacrificio de nuestra propia vida, la oferta de nuestro propio ser y nuestra propia existencia.

Con este dinamismo espiritual en marcha, luego podremos ya hablar de formación bíblica, o de capacitación para la comunicación o de cualquier otro aspecto más o menos importante en la catequesis, pero esto es lo que somos, lo que hemos de hacer y el cómo hemos de hacerlo.

Enrique Santayana Lozano